

cepto veintisiete ejemplares, «para que el diablo no se ría de la mentira»— antes de que pudiera anunciarse en la *Gaceta*) y la exposición que hace al final de una de las críticas que se han cernido sobre su librito, a saber, que el propio Cadalso se había retratado en la descripción del auténtico erudito a la violeta. Aquí nuestro autor se defiende: «Si se entiende por Erudito à la Violeta un hombre que sabe poco, declaro que me he retratado con vivísimos colores... Pero si se entiende por Erudito à la Violeta... uno que, sabiendo poco, aparente mucha ciencia, digo que no se me parece la pintura ni en una pincelada» (17). De este modo termina el *Suplemento*.

*El buen militar a la violeta*, publicado póstumamente en Sevilla (1790), no es sino una carta más de un discípulo violeto —en esta ocasión, un capitán— a su catedrático, Joseph Vázquez. La epístola del alumno está fechada en Pafos, isla de Chipre (la referencia geográfica es exacta), el 1 de diciembre de 1772. Ignoramos el porqué de su exclusión del *corpus* del *Suplemento*. Probablemente llegará tarde a los tórculos de Sancha, o quizá Cadalso, a pesar de la fecha, no lo hubiese redactado aún. Tal vez su extensión hiciera sobrepasar los límites exigidos a un folleto por el editor. Lo cierto es que, en lo que se refiere al detalle cronológico o a la motivación oculta, nos movemos en un plano puramente conjetural. Por otra parte, parece lógico que Cadalso, un militar, incluyese en la sátira su propia profesión, dibujándose un poco a sí mismo en el retrato de ese capitán que escribe desde Chipre a su maestro en violetismo. Que el *Buen militar* fue, al menos, retocado con independencia respecto de las otras cartas de discípulos, lo prueba el texto siguiente: «Quisiera yo, por aquella natural propensión con que nacemos los Nobles al distinguido exercicio de las Armas, que, en gracia de tan honrosa y necesaria carrera, tomase Vmd. el trabajo de sacar, por vía de suplemento, un *Tratadito del buen Militar a la Violeta*, con cuya instrucción se lograría de una vez tapar la boca a los pocos viejos y desaliñados militares que se deshacen en invectivas contra la multitud de jóvenes que, con gloriosa emulación, aspiran a sepultar en perpetuo olvido aquella rancia fama adquirida por nuestros antiguos Capitanes, cuyo mal dirigido valor y falta de instrucción los hizo acreedores justamente a la crítica de algunos Sabios extranjeros, sonrojo que aún en el día sufre nuestra juventud militar» (18). A mí me parece que en ese tratadito que menciona el capitán violeto, y que constituiría su propia carta, funcionó siempre

---

(17) P. 82.

(18) Pp. 301 y 302.

aparte de los demás papeles del *dossier*. De cualquier forma, las espadas siguen en alto.

Juan Sempere y Guarinos, en pleno siglo XVIII, ya saludó en los *Eruditos* «una sátira ingeniosa y muy bien escrita contra cierta clase de gentes que aparentan saber mucho, habiendo estudiado poco» (19). Fija el estudioso su atención de ilustrado español en pasajes como la carta del viajante violeta a su catedrático; en ella —afirma Sempere— se pugna por desterrar las falsas ideas que sobre España se han forjado algunos ilustres viajeros extranjeros que no viajan (léase Montesquieu) y ciertos españoles.

Desde Fitzmaurice-Kelly y Cejador hasta Antonio Papell (en su aportación sobre el tema a la *Historia general de las literaturas hispánicas*) se ha venido considerando *Los eruditos a la violeta* como la obra maestra de Cadalso. Hoy aparece mucho más postergada por la crítica, en beneficio de las *Cartas marruecas*, objeto de innumerables estudios por parte de nuestros especialistas, e incluso de las prerrománticas *Noches lúgubres*. Para hacernos una idea de la popularidad que gozó *Eruditos* en el siglo XIX (siglo que, en cambio, tendió a minusvalorar la figura de Cadalso en las letras españolas), reproduciré aquí un pasaje de Menéndez Pelayo: «José de Cadalso, mediano escritor en todas sus obras, excepto en la sátira en prosa que tituló *Los eruditos a la violeta*, precisamente porque en ella se retrató de cuerpo entero, siendo, como era, hombre de instrucción varia y superficial, aunque de culto y despejado ingenio» (20). El que se haya visto en Cadalso un trasunto de los personajes que él mismo criticaba no es, desde luego, nada nuevo, pues hemos visto cómo el propio escritor se defendía de esa acusación al final del *Suplemento*. Una opinión similar a la de don Marcelino fue mantenida por Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar, a mediados del siglo XIX: «La erudición de Cadalso no era ni muy amplia ni muy profunda, y podría decirse que, sin caer en ello, se satirizó a sí propio en *Los eruditos a la violeta*. Pero esta erudición escasa era de buena ley y grandemente acomodada para ayudar al impulso de filológica reforma que cada día tomaba mayor vuelo y ensanche» (21).

Por no omitir los antecedentes literarios que la crítica ha constatado en los *Eruditos*, me referiré a ellos brevísimamente. Además

---

(19) *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reynado de Carlos III*, II, Madrid, 1785, p. 22.

(20) *Historia de las ideas estéticas en España*, ed. E. Sánchez Reyes, III, Madrid, 19623, página 295.

(21) *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII*, BAE, LXI, Madrid, 1869, p. CVI.

del «Prólogo» ya citado del *Quijote*, cabe nombrar *La culta latiniparla* y el *Libro de todas las cosas y otras muchas más*, de Quevedo, así como la *Virtud al uso y mística a la moda*, de Fulgencio Afán de Ribera. Existe también un poema italiano, *Il giorno*, de Giuseppe Parini (1729-1799), que cuenta con todo detalle la jornada de un petimetre; las dos primeras partes de ese poema, «Mattino» y «Mezzogiorno», se publicaron, respectivamente, en 1763 y 1765; quizá Cadalso las conociera, porque el lechuguino de Parini, lector incansable de Voltaire y de novelistas galantes, chiflado por los perfumes y amigo de las chucherías, tiene mucho de violeto (y viceversa) (22).

Hay un soneto anónimo, conservado en un manuscrito propiedad del Museo Británico, que se diría redactado por uno de estos perfumados muchachitos a los que sedujo la erudición superficial. Dice así:

*Yo sigo el catecismo de Voltaire,  
venero al Kauli Kan y al Espi3n,  
y formo mi pequeña Inquisici3n  
de Montesquieu, Rousseau y D'Alembert.*

*Vocifero que Espa3a es el taller  
de la Ignorancia y la Superstici3n;  
cito a Nollet, Descartes y Newton,  
y en todo arrastro al Padre Verulier.*

*Digo intriga, detalle, dessert, glas3s,  
murmuro de los frailes sin cesar,  
y alabo cuanto aborta otro pa3s.*

*Yo no dejo jam3s de cortejar;  
a N3poles celebro, y a Par3s,  
pues, ¿qu3 empleo me pueden hoy negar? (23).*

En el plano hist3rico, parece probable que, como dice Glendinning, el soneto se dirija contra los ministros extranjeros que gobernaron en Espa3a, pero a m3 no deja de evocarme un ambiente violeto.

Las conclusiones que se deducen de *Los eruditos a la violeta* son, pese a la agudeza de los chistes y al tono general de buen humor, desalentadoras. El mismo catedr3tico a la violeta, festivo y jocosos en apariencia, participa de ese desaliento en ocasiones: la sociedad —esa masa informe e inculta— lo ha obligado a aceptar el papel de violeto, que es, desde luego, un papel que triunfa, pero que

---

(22) Julio M. Mesanza, traductor de Sannazaro y de Alfieri, tiene en prensa una versi3n del poema de Parini en castellano r3tmico, con largo estudio preliminar y notas exeg3ticas.

(23) *Apud* N. Glendinning: *Historia de la literatura...*, cit. en n3m. 3, p. 25.

él no ha elegido (24). Y es que no son esos jovencitos pedantes y atildados, presumidos y tiernos, los auténticos destinatarios de la crítica de Cadalso, sino la sociedad, una sociedad que se le antoja —a diferencia de otros ilustrados— irredimible, una sociedad que permite —y seguirá permitiendo— que la apariencia triunfe y la verdad sea vencida.

*LUIS ALBERTO DE CUENCA*

Don Ramón de la Cruz, 28  
MADRID-1

---

(24) Cfr. N. Glendinning: *Vida y obra de Cadalso*, Madrid, 1962, p. 58.